

## **LA MIRADA DE LAS VIAJERAS ANTE LA ESCLAVITUD EN LAS AMÉRICAS. LAS EXPERIENCIAS DE MARIA GRAHAM, FLORA TRISTAN, FANNY KEMBLE Y FREDRIKA BREMER.**

Claudia Borri  
*Università degli Studi, Milano (Italia).*

Casi todas las viajeras europeas que durante el siglo XIX emprendieron rumbo hacia las Américas dedicaron una específica atención al tema de la esclavitud. Examinaremos aquí los relatos de viaje que cuatro mujeres de diferente nacionalidad narraron en los años que van, *grosso modo*, de 1820 a 1850. Maria Graham (1785-1842) y Flora Tristán (1803-1844) viajaron por Sudamérica; Fanny Kemble (1809-1893) y Fredrika Bremer (1801-1865) por los Estados Unidos, aunque ésta última prolongó su viaje hasta Cuba. Hemos adoptado una óptica comparada que basa su razón de ser en la creencia común de la época, según la cual la esclavitud era menos cruel en las ex colonias de Sudamérica que en los Estados Unidos.<sup>1</sup> Aun destacando esta diferencia, nuestras viajeras condenaron con decisión toda esclavitud allá donde se practicara, si bien ninguna de ellas, como se deduce de sus datos biográficos, formara parte como miembro activo en alguna de las asociaciones que en aquellos años luchaban a favor de la emancipación de los esclavos. Además, ninguna de las cuatro viajeras mencionadas sostuvo la causa abolicionista por medio de escritos específicamente dedicados a este tema.

Sus ideas se remiten, si acaso, a un clima cultural cuyo origen es la divulgación de las ideas y de la acción de un ramificado movimiento abolicionista que, a partir de las últimas décadas del siglo XVIII involucró, sobre todo en Gran Bretaña, a numerosos grupos de mujeres. En un primer momento, la moral común aceptó la participación de las mujeres en las campañas antiesclavistas porque, siendo dictada por motivos religiosos y filantrópicos, no excedía los ámbitos de interés típicamente femeninos. Cabe decir que, si en 1807 el diputado inglés William Wilberforce logró que el Parlamento aprobara el final de la trata de africanos, fue también gracias al apoyo de las mujeres.

Sin embargo, en el curso de pocas décadas, y sobre todo a partir del éxito de 1833, cuando en las colonias inglesas fue abolida la esclavitud, las activistas, visto y considerado que a las mujeres, al igual que a los esclavos, se les privaba de muchas libertades, emprendieron la ruta de reivindicaciones más marcadamente femeninas. Fue justamente la familiaridad que las mujeres habían tenido con los instrumentos de la propaganda política lo que hizo que el movimiento evolucionara hacia esta línea.<sup>2</sup> Boicoteando los productos procedentes del trabajo de los esclavos, haciendo propaganda de puerta en puerta, redactando panfletos y recogiendo firmas para presentar peticiones ante el Parlamento, las mujeres habían tomado conciencia de sus derechos y habían logrado la capacidad organizativa para

---

<sup>1</sup> Idea generalmente aceptada también por los historiadores modernos; véanse L. FONER and E. D. GENOVESE (ed.). *Slavery in the New World. A reader in comparative history*, Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall, 1969 y J. H. ELLIOTT. *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Heaven and London: Yale University Press, 2006.

<sup>2</sup> C. MIDGLEY. *Women against slavery. The British Campaigns 1780-1870*, London: Routledge, 1992.

hacerlos valer. Por ello, en las décadas sucesivas, la causa abolicionista se tornó el frente en el que se combatieron las primeras luchas feministas a favor del derecho a la libertad personal, a la propiedad y a la custodia de los hijos en caso de separación, sobre todo después de que en los Estados Unidos tomara fuerza un movimiento contra la esclavitud en el que las mujeres participaban.

En este contexto, los reportajes de los que nos ocupamos son emblemáticos, ya sea porque reflejan la gran divulgación de las ideas abolicionistas, que porque documentan su evolución a lo largo del tiempo. Denunciando las atrocidades de la esclavitud con la fuerza del testimonio ocular, con tales reportajes las autoras desarrollaban también una eficaz acción de propaganda ante un público de lectores a los cuales ofrecían informaciones de primera mano. A la vez, demostraban que las viajeras participaban en un debate político internacional, al tejer una tupida red de relaciones interpersonales y de intercambios culturales que involucraban, en ambas orillas del océano, a las mujeres que luchaban por la libertad propia y por la ajena.

### **Maria Graham en Brasil (1821-1823)**

Al volver de Sudamérica, la viajera inglesa Maria Graham publicó en 1824 dos relatos de viaje, el primero -del cual ya nos ocupamos en su día- concerniente a Chile, el segundo, a Brasil.<sup>3</sup> Dado que la presencia de esclavos en Chile era tan exigua que no suponía un problema y, por ende, no atraía su atención, el *Journal of a Voyage to Brazil, and Residence there, during part of the years 1821, 1822, 1823* constituye, pues, uno de los primeros textos escrito por una mujer en tener por argumento la esclavitud.<sup>4</sup> En 1821 Maria Graham llegó a la colonia portuguesa siguiendo a su marido, el capitán de la fragata *Doris*, que había sido destinado allí por su gobierno para proteger a los residentes ingleses durante los tumultuosos eventos que oponían al gobierno colonial portugués y a los independentistas, fieles a Dom Pedro. Tras varias escalas en Brasil, el capitán Graham siguió su misión, pero murió cuando estaba doblando el Cabo de Hornos. Su esposa Maria llegó sola a Valparaíso y permaneció en Chile por unos seis meses. Más tarde, en 1823, durante el viaje de vuelta, volvió a parar en Río de Janeiro durante unos meses más, antes de seguir hacia Inglaterra.

En septiembre de 1821, durante el desembarque en Recife, a Maria Graham le cayó en suerte presenciar, por primera vez, un mercado de esclavos. Unos cincuenta muchachos, agotados por el ayuno y por la larga permanencia en los depósitos, yacían amontonados por el suelo en medio de perros callejeros. De vuelta a la nave, indignada por lo que acababa de ver, la joven decidió, discretamente, que a partir de ese momento «nada de lo que estuviera en su poder habría sido demasiado pequeño o demasiado grande para contribuir a abolir o a aliviar la esclavitud».

En los días que siguieron, después de haber visto a una mujer blanca golpear con brutalidad a su esclava, tuvo la oportunidad de ver algunos depósitos en donde

---

<sup>3</sup> C. BORRI. *Lo specchio della lontananza. Tre viaggi di donne in Sudamerica (Secolo XIX)*, Torino: il Segnalibro, 2002. En adelante las traducciones del francés y del inglés son nuestras.

<sup>4</sup> Los títulos de las obras de nuestras viajeras se mantienen, en adelante, en el idioma original, es decir francés para F. Tristán e inglés para M. Graham, F. Kemble y F. Bremer.

se amontonaban los esclavos que, recién desembarcados de las naves, aparecían débiles y demacrados. También le tocó vivir, mientras se encontraba cabalgando por la playa, el aturdimiento que le produjo ver el brazo del cadáver de un negro sobresalir de la arena blanca. De hecho, mientras que para los esclavos de vieja data estaba prevista una sepultura, si bien somera, los restos mortales de los «negros nuevos» quedaban abandonados a orillas del mar para que la alta marea se los llevara. Otra barbarie más derivada de la trata.

Tras haber ilustrado sus primeras y dramáticas impresiones, Maria Graham ofrece al lector algunos datos demográficos que bien explican las tensiones raciales que se viven en la ciudad. En efecto, la población de Recife estaba compuesta por 70.000 habitantes, de los cuales sólo una tercera parte era de raza blanca. Los mulatos constituían la parte más activa de la población de color y a menudo acumulaban grandes fortunas, al igual que los pocos negros libres. Sin embargo, los portugueses preferían casar a sus hijas con el más miserable de los europeos, antes que con un brasileño y veían con temor la eventualidad de una revolución que, declarando a todos los hombres iguales, autorizaría a los esclavos, una vez liberados, a vengar las injusticias que «durante tanto tiempo y con tanta paciencia habían aguantado». A la atenta observadora inglesa, convencida partidaria de la independencia de los estados sudamericanos, no se le pasa inadvertido el hecho de que, en esta situación, los revolucionarios no supieron valorar bien la situación:

«¿Quizá los patriotas se estén equivocando? Han puesto las armas en manos de los negros nuevos, aun sabiendo que su memoria mantiene todavía vivo el recuerdo de la deportación de su tierra, la nave y el mercado de esclavos».  
(Graham, 1824: 107)

Durante la visita a Bahía, Maria Graham volvió a tener la ocasión de asistir al mercado de esclavos, espectáculo que «todavía no había aprendido a presenciar sin sentir vergüenza e indignación». En esta ocasión, empero, deja la descripción del lugar a la competencia y autoridad de Amedée François Frézier, de quien cita al margen un fragmento de su *Voyage to the South Sea*, como queriendo subrayar que, un siglo después de los relatos del viajero francés, nada había cambiado.<sup>5</sup>

Partiendo de los sentimientos que la observación de la realidad le suscitaba, María Graham formula juicios morales y políticos: la compra-venta de seres humanos es inaceptable; las condiciones en las que viven los esclavos son señal de barbarie; es necesario comprometerse personalmente en la lucha contra la esclavitud; los «negros nuevos» podrían aprovecharse de la lucha por la independencia para librarse del yugo de la esclavitud; los portugueses residentes mal aceptan las novedades políticas, ya que temen una revuelta de los esclavos.

Para reforzar sus opiniones, se vale de datos objetivos sacados de periódicos, pero para hacer mella emotivamente en el lector, adopta los instrumentos utilizados por la propaganda antiesclavista inglesa, la cual proponía a menudo ilustraciones, pinturas y *gadgets* para divulgar sus creencias entre la gente común.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> La primera edición inglesa de 1717 de A. F. FRÉZIER. *A voyage to the South Sea and Along the Coasts of Chili and Peru in the Years 1712, 1713 and 1714*, sigue de un solo año la *editio princeps* en francés.

<sup>6</sup> Véase M. WOOD. *Blind Memory. Visual representations of slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester: Manchester University Press, 2000.

Dibujante aficionada, aunque no por ello falta de talento, Maria Graham ilustró personalmente su reportaje, retratando del natural a personas y paisajes. No teniendo la posibilidad, dadas las circunstancias, de reproducir ella misma el mercado de esclavos, publicó dos grabados de Augustus Earle –conocido dibujante inglés a quien conoció *in situ*- cuyos títulos eran, respectivamente, *Slave Market at Rio de Janeiro* y *Gate & Slave Market at Pernambuco*.<sup>7</sup>

Maria Graham estaba de acuerdo con el esfuerzo que su país estaba cumpliendo para acabar con la trata y perseguir a quien la practicaran. Y este sentimiento le induce a interrogar al capitán Finlaison del *Morgana*, cuando, desde el 17 de octubre hasta el 8 de diciembre, se traslada a Bahía, «el principal puerto de esclavos de Brasil». El oficial, de vuelta de una misión de control del contrabando por las costas africanas, le contó que cuando las naves negreras, sobre todo las francesas, eran perseguidas, los marineros ataban a las esclavas a los barriles y las echaban al mar, o bien, para esconder su mercancía humana, estibaban en cajas cerradas a los esclavos, con lo cual tenían poquísimas posibilidades de sobrevivir. No nos debe sorprender, pues, el hecho de que –como comenta la viajera- el alma de quien ejerce la trata «se vuelva insensible ante los sufrimientos individuales de los esclavos». La postura moral de Maria Graham, en este caso, está teñida de matices nacionalistas y antifranceses. Esforzándose por volver creíbles y objetivas sus fuentes, al día siguiente de haber escuchado estas declaraciones, una vez más la joven compra viejos ejemplares de un periódico local y, por los números que en ellos se indican sobre la trata, deduce que más de un quinto de los esclavos muere durante la travesía de África a América.

En Río, la etapa sucesiva de su viaje (15 de diciembre de 1821-24 de enero de 1822), Maria Graham pudo comprobar las condiciones de vida de los esclavos en una plantación de caña de azúcar, en donde permaneció durante tres días. Le causó impacto su modo primitivo de trabajar, así como el hecho de que el alimento y el indumentario les fueran suministrados por los mismos amos. Observando a los esclavos tanto mientras trabajaban como en sus ratos de ocio, la autora enfatiza las capacidades intelectuales y artísticas que demuestran en el campo de la artesanía, la carpintería y la música, como queriendo rechazar las hipotéticas, pero verosímiles, acusas de inferioridad racial. Lo que más le emociona es la suerte que se les depara a los esclavos ancianos. Los amos, para deshacerse de los trabajadores que dejan de ser hábiles, les dan la libertad, condenándoles a llevar una vida, si cabe, mucho más mísera que la que llevaban cuando eran esclavos.

Como ya hemos comentado, de vuelta a Chile, el 13 de marzo de 1823 Maria Graham desembarcó por segunda vez en Río, en donde permaneció por unos seis meses, antes de emprender ruta hacia Inglaterra el 2 de octubre del mismo año. Esta vez tiene la intención de documentarse sobre la vida cotidiana de los esclavos en el campo. Así, llega a *Mata Paciencia*, la plantación de caña de azúcar en la que trabajaban 200 negros y de los cuales es ama Doña Mariana que cortésmente le había invitado. Lo primero que hace es ir andando ella sola hasta un poblado en donde 1.500 esclavos, distribuidos por tres *feitorias*, tienen a disposición una pequeña parcela que laboran en los días que libran (los viernes por la tarde, los

---

<sup>7</sup> A. Earle había sido enrolado por el *Beagle*, según lo referido por C. Darwin, pero tuvo que dimitir del encargo por motivos de salud. En la muestra londinense *Off the Beaten Track* (2004) se expuso el *Book of Botanical Illustrations* de M. Graham.

sábados y los domingos). Disponen también de un hospital, en donde son curados por un médico blanco y un asistente negro. Con lo poquísimo que ganan pueden alimentarse y vestirse como les plazca. Desde esta gran plantación modelo, que, no por nada, es propiedad del emperador, la joven inglesa vuelve a *Mata Paciencia*, en donde, al llegar los sábados, «bendice» esa jornada porque los esclavos, disfrutando del descanso semanal, pueden ocuparse de sus actividades: van a por leña a la selva, se ocupan de su propia huerta y cosechan el café y el maíz sembrados en sus campos.

Con una pizca de ironía, Maria Graham cita las palabras con las que Doña Mariana explica el porqué los «negros nuevos» son más dóciles que los «negros criollos». Los primeros, acostumbrados a los latigazos desde el primer momento en que les capturaron, aprendieron a tener miedo y, por lo tanto, a obedecer, mientras que los segundos, educados en casa y conociendo la indulgencia de los amos, aprendieron a aprovecharse de ello. Entre estas palabras, a Doña Mariana se le pasa desapercibido un dato sobrecogedor: la mitad de sus esclavos negros muere antes de cumplir los 10 años de edad. Sus palabras, subrayando el sometimiento de los «negros nuevos» y la alta mortalidad de los esclavos, resaltan el hecho de que, en fondo, la trata responde a las necesidades de los plantadores y, de alguna manera, la justifica. En este caso, la autora descarga la responsabilidad de lo dicho sobre la dueña, evitando tomar posturas personales porque -además de conocer la opinión del lector europeo, más propenso a compartir las opiniones de la viajera- debe, por amabilidad, considerar la susceptibilidad de los ricos propietarios de plantaciones y de esclavos (incluido el emperador) que tan afectuosamente la han recibido y acogido. Este tipo de reticencia también la encontraremos en Fredrika Bremer, aunque ésta no logrará capear el problema con igual habilidad.

Las observaciones de Maria Graham sobre la esclavitud están diseminadas en un contenido que se ocupa de otros aspectos de Brasil -desde los políticos hasta los botánicos- pero que, tomadas en su conjunto, componen un cuadro articulado del problema. De hecho, la joven viajera, aun obstaculizada en sus movimientos por las circunstancias, no deja pasar ocasión para poder documentarse sobre tal realidad. Las dificultades no amenguan ni la intensidad de sus sentimientos (la piedad, la indignación, el aprecio por las capacidades de los negros), ni las ganas de saber y de conocer, que se expresan con el intento de superar lo que le dicta el corazón mediante la recolección de datos objetivos. Su fuerte condena de la trata de negros y de la crueldad para con ellos no contempla apelación alguna. Solamente en la descripción de las plantaciones modelo de propiedad del emperador, en un Brasil ya independiente de Portugal, las condiciones de vida de los esclavos aparecen más humanas y parecen convalidar la suposición de que la esclavitud en Sudamérica era menos terrible de la norteamericana.

Hubieron de transcurrir más de dos décadas antes de que otra y más conocida viajera, la austríaca Ida Pfeiffer (1797-1858), llegara a Brasil y volviera a hablar de esclavitud. Maria Graham -a quien Ida Pfeiffer no conocía- pasó a ser considerada como una pionera y un ejemplo para otras jóvenes viajeras de su país, como Fanny Kemble y Harriet Martineau, las cuales se alternaron en su lecho durante los últimos años de su vida, cuando, inmobilizada por la parálisis, les recibía en su casa londinense.

### **Flora Tristán en Cabo Verde y en Perú (1833-1834)**

En un anterior trabajo, en el que nos ocupamos detenidamente de Flora Tristán, quizá la más conocida entre las viajeras que desde Europa se dirigieron hacia Sudamérica, pudimos observar la influencia que el viaje emprendido tuvo en la vida de esta mujer y lo que supuso para ella: una clara distinción entre una fase anterior de su vida, la de una joven separada que vivía a duras penas trabajando como dama de compañía para poder mantenerse a sí misma y a su hija Aline, y otra sucesiva, en la que, consciente de los males de la sociedad, la joven francoperuana se dedicó totalmente a la lucha en favor de la emancipación femenina y de los desheredados, hasta volverse una protagonista en el ambiente de los primeros teóricos del socialismo en Francia.<sup>8</sup>

Flora Tristán salió el 7 de abril de 1833 desde Burdeos hacia Perú donde esperaba encontrar en la familia de su tío paterno, don Pío Tristán y Moscoso, además de una acogida cariñosa, el reconocimiento de la legitimidad de su nacimiento y, de consecuencia, la parte de herencia que le correspondía. Así pues, fueron razones personales, junto a la esperanza de poderse rescatar de su condición de «paria» de la sociedad, las que le llevaron a emprender ella sola un viaje tan arduo. A su retorno, el bagaje de experiencias acumulado marcó determinadamente “un antes y un después”, es decir, contribuyó a que una joven «víctima» de la sociedad se transformara en una verdadera revolucionaria. Entre estas experiencias se cuenta la de la visión ofrecida por la esclavitud que, aunque se limitara a dos ocasiones, no por ello fue menos significativa en la formación de nuestra viajera.

A los 25 días después de haber zarpado, el *Mexicain*, la nave en la que Flora Tristán se había embarcado, tuvo que hacer una escala inesperada en La Praya, el puerto de la isla de Santiago, en el archipiélago portugués de Cabo Verde.

En su relato, *Pérégrinations d'une Paria* (1838), Flora Tristán cuenta que, dadas las inesperadas circunstancias, decidió desembarcar «para ir a vivir en una casa portuguesa, y así tener la oportunidad de poder estudiar los usos y costumbres de los residentes». En La Praya fue recibida por el cónsul estadounidense y acogida en casa de una rica viuda francesa, la señora Watrin, pero, aturdida por «el olor de los negros», prefirió volver rápidamente a la nave, y en ésta permaneció durante toda una semana, o sea, por el tiempo que el *Mexicain* estuvo anclado. Al no tener la oportunidad de observar de cerca los horrores de la esclavitud, en un primer momento tuvo que limitarse a destacar que los habitantes de la isla comerciaban en esclavos o que cambiaban «a los negros por harina, vino, aceite, arroz, azúcar y demás comestibles o productos». Sin embargo, mientras permaneció en la nave, escuchó las horribles narraciones de M. Tappé, un detestable negrero francés el cual no le ahorró los detalles deshumanos concernientes tanto a la trata como al cinismo ávido de aquellos quienes, como él, la practicaban. Finalmente, antes de partir, Flora Tristán decidió desembarcar de nuevo para despedirse personalmente del cónsul estadounidense y de la señora Watrin.

La vuelta a la isla se tornó un auténtico descenso a los infiernos. En primer lugar, Flora se quedó estupefacta e indignada viendo cómo el hospitalario y caballeresco cónsul americano apaleaba a un esclavo que, tirado a sus pies, tenía el rostro cubierto de sangre. En segundo, durante el recorrido que la llevaba hasta la

---

<sup>8</sup> Véase C. BORRI, *Lo specchio...*, cit.

casa de la señora Watrin, observando los efectos devastadores de la esclavitud en el aspecto de los negros que veía, nuestra viajera afirmaba que «los hombres tenían una expresión de dureza y a veces hasta de ferocidad, y las mujeres de descaro y estupidez». En cuanto a los niños «eran horribles por su fealdad, completamente desnudos, flacos, en los huesos; podrían ser confundidos con monitos». Para terminar, ya casi llegando a su destino, mientras pasaba delante del ayuntamiento, Flora Tristán no pudo evitar ver a unos «soldados que estaban golpeando a unos negros por orden de los amos a quienes éstos pertenecían». En lugar de consolarla por lo que le había tocado ver, la señora Watrin le aseguró que en una sola semana ella también se acostumbraría a tales espectáculos.

De vuelta a la nave, Flora tuvo otro desagradable encuentro con el capitán Brandisco, un navegante veneciano contrabandista. Los ingleses le habían apresado la nave y los esclavos que en ella transportaba, y lo habían encarcelado durante dos años en Londres. La amarga experiencia no le impidió reanudar su actividad ilegal a lo largo de las costas de Sierra Leona y más tarde trasladarse a Cabo Verde, en donde seguía dedicándose al lucrativo contrabando de esclavos. Casi queriendo comprobar que lo que contaba era verdad, Brandisco le mostró a la impresionada joven a un chaval de color, volteándolo por todos lados «lo mismo que haría un corredor de comercio con un potrillo». Este acto de «barbarie», además de apesadumbrar a Flora Tristán, le volvió «evidentes todos los males de la esclavitud».

La breve descripción de la vida en una colonia portuguesa esclavista pone de manifiesto el hecho de que, aún por los años '30, tanto los europeos –franceses e italianos en este caso- como los estadounidenses estaban involucrados en el tráfico y en la distribución de esclavos, a despecho de las leyes inglesas y de las declaraciones de igualdad de las propias constituciones republicanas. Al no estar preparada ante esta realidad, Flora Tristán anotó todo lo que vió, manifestando toda su indignación y su repugnancia por ese mundo que rezumaba violencia y prevaricación. Lo hizo sin censurar sus propias e intensas sensaciones tanto frente al cinismo y a la desvergüenza de los traficantes de seres humanos como a la ferocidad y a la crueldad de los dueños de esclavos. En cierta manera al denunciar tales abusos la joven escritora manifestaba un estado de ánimo más que una posición ponderada. De hecho, en el caso de Flora Tristán la fama de feminista, protosocialista y revolucionaria a menudo cubrió la otra más auténtica de la viajera que, en el momento de la partida, consciente solamente de su condición marginal de «paria», sabía muy poco de política y de luchas sociales. A madurar sus convicciones progresistas en estos ámbitos debió contribuir precisamente ver la injusticia que el hombre blanco cometía para con el hombre de color, una especie de iniciación a las injusticias que le tocó ver –y criticar duramente- también en Perú.

Al observar la realidad de un lejano rincón colonial, sin embargo, Flora Tristán supo captar por instinto algunos elementos significativos de la trata de esclavos. Por ejemplo, que por las costas de la Sierra Leona, el primer estado formado por esclavos liberados tras la independencia norteamericana y que pasó en 1807 bajo la administración británica, florecía el contrabando de negros, tal y como demostraba la actividad ilegal de Brandisco, a pesar de que la flota inglesa navegara por aquellas latitudes para interceptar naves negreras.

Durante su sucesiva permanencia en Perú, antes en Arequipa (septiembre de 1833 - abril de 1834) y después en Lima (abril de 1834 - julio de 1834), Flora Tristán dejó de interesarse por el problema de la esclavitud, concentrada como estaba en el torbellino de sus avatares personales y en la observación de la condición femenina y de las desigualdades sociales en aquella que pasaría a ser su segunda patria.

Sólo casi al final de su permanencia, mientras se hallaba todavía en Lima, visitó la plantación de caña de azúcar de M. Lavallo en Chorillos, un lugar de veraneo a pocas millas de la capital. No cabe duda de que la visita al ingenio fue deliberada, como si Flora Tristán, antes de volver a Europa, hubiera querido aprovechar de la ocasión para comprobar de persona la esencia misma de la esclavitud en su lugar más característico, una gran plantación en donde vivían «400 negros, 300 negras e 200 negritos». El dueño del ingenio, conversando con su interlocutora, sostenía que, «tal como ocurría en todos los pueblos de origen español», las condiciones de vida de los esclavos en Perú eran menos duras respecto a las de los demás países americanos; a esto añadía que a los esclavos del país se les ofrecía la posibilidad de emanciparse.

La rotunda réplica de Flora Tristán a este propósito es más bien interesante y denota su alcanzada madurez política, la cual se desarrolló, probablemente, durante el largo periodo (1834-1838) transcurrido entre su retorno y la publicación de las *Pérégrinations*, obra en la cual se vislumbran influjos de la batalla abolicionista que, justo en aquel entonces y tras un largo paréntesis de estancamiento que siguió a la epopeya napoleónica y la Restauración, se estaba volviendo a vivir en Francia. De hecho, aun reconociendo la mayor humanidad de las leyes españolas y del tratamiento reservado a los esclavos, en parte debido a la común fe religiosa, Flora Tristán niega que los esclavos de las ex colonias españolas pudieran llegar a beneficiarse de la facultad de emanciparse. También para ellos, tal como ocurre en las colonias francesas, la esclavitud es, en realidad, perpetua, por las características propias del trabajo en la plantación. Sólo en caso de que los productos que en América dependen del trabajo de los esclavos perdieran su valor, la esclavitud podría ser modificada. Luego de esta afirmación Flora Tristán expresa su apoyo a las damas inglesas que habían boicoteado el consumo del azúcar procedente de las colonias de las Indias occidentales hasta que el parlamento inglés no hubiera adoptado la ley sobre la abolición de la esclavitud en las colonias. De hecho, fue aprobada en 1833.

Terminada la conversación con el esclavista M. Lavallo Flora Tristán entró en el bohío de dos esclavas y después relató con matices dramáticos sus vicisitudes personales:

«Ambas habían dejado morir a sus niños negándose a amamantarlos; ambas, completamente desnudas, se habían acurrucado en un rincón. Una comía maíz crudo: la otra, joven y hermosa, me miraba y parecía decirme: "He dejado morir a mi hijo porque yo sé que nunca será libre como tú; lo he preferido muerto, antes que esclavo". Ver a aquellas mujeres me hizo daño. Bajo esa piel negra hay un alma grande y orgullosa». (Tristán, 1838: II, 417-418)

La descripción de las dos madres que sacrifican a sus hijos para no verles crecer como esclavos podría parecer sacada de la tragedia griega y, por ello,



involuntariamente retórica, si no fuera por el hecho de que el suicidio y el sacrificio de hijos eran, en realidad, muy frecuentes entre los esclavos. En todo caso, el gesto fatal de esas desafortunadas madres parecía contradecir sin apelación la afirmación de su dueño, según el cual la esclavitud en Sudamérica era menos oprimiente que la de otros países. La escritora francoperuana supera este tópico - que duró por mucho tiempo, como demuestran los testimonios de Fredrika Bremer y, más tarde, los de Ida Pfeiffer - representando la esclavitud como un mal absoluto, que podía encontrar remedio sólo en la completa libertad de todos los seres humanos

Aún más que Maria Graham, sin embargo, Flora Tristán se acerca sólo esporádicamente al tema de la esclavitud, partiendo de las narraciones de los demás y de su limitada experiencia que no le concedió que dos ocasiones de observación directa. Esto puede explicar la aparente contradicción entre lo que acabamos de decir y algunas afirmaciones de la propia autora, que admitió, con la acostumbrada sinceridad, haber debido golpear por sus faltas a la «zamba» asignada a su servicio, y haber probado disgusto por las negras que participaban en el carnaval de Arequipa echándose harina encima: «¡Todas esas negras, con su piel oscura y sus cabellos crespos manchados de harina son horribles!».

En realidad, estos arrebatos típicos tanto de su carácter impetuoso como del gusto estético de la época nada quitan a la fuerza de sus convicciones morales y políticas, maduradas durante su viaje y luego de su vuelta a Francia. Aunque el abolicionismo no se convierte en el nudo central de su pensamiento, en su largo relato de viaje Flora Tristán no quiso dejar de lado un tema que se estaba debatiendo en Europa e incluso aprovechó todo lo poco que había visto para expresar su juicio negativo sobre una institución injusta y cruel.

### **Fanny Kemble en Georgia (1838-1839)**

En 1838, el mismo año en que Flora Tristán imprimía sus *Pérégrinations*, Frances Anne, alias Fanny Kemble, una actriz inglesa, viajaba desde Filadelfia hasta Georgia. La joven, gran intérprete de los dramas de Shakespeare, en 1832 llegó junto a su padre y a su tía, a su vez famosos actores, a los Estados Unidos para iniciar una larga *tournee* que desde Nueva York la llevaría a las ciudades más importantes de la costa oriental. Aplaudida y admirada en todos los teatros por su belleza y su talento, fue recibida incluso por el ex-presidente de la República John Quincy Adams y entabló una sólida amistad con Maria Sedgwick, una de las más conocidas escritoras de la época, con su hermano Charles y con la esposa de éste, Elizabeth Dwight, educadora y autora de textos pedagógicos, todos antiesclavistas convencidos. El 7 de junio de 1834 Fanny Kemble se casó con Pierce Mease Butler de Filadelfia, un adinerado caballero que la había seguido en los teatros con devota admiración. Cuando se casó con él, Fanny Kemble no sabía que su riqueza procedía de las plantaciones que poseía en Georgia y, pues, del trabajo de sus setecientos esclavos.

A pesar de la insistencia de la esposa, Pierce Mease Butler se negó rotundamente a llevarle a visitar sus propiedades. Lo hizo sólo cuando se vio obligado, tras las dimisiones de su administrador, a encargarse de su patrimonio. Su esposa y sus dos hijas pequeñas, junto a la gobernanta irlandesa, fueron con él hasta Georgia, en donde la familia permaneció de finales de diciembre de 1838

hasta el 19 de abril de 1839, viviendo antes en Butler Island y después en Hampton Point, en St. Simons Island. Ambas plantaciones –un arrozal y un algodonal- se colocaban entre las más prósperas de la desembocadura del río Altamaha, al Sur de Savannah. Durante su permanencia, Fanny empezó a redactar un diario en forma de epistolario dirigido a Elizabeth Dwight Sedgwick, y que fue publicado en 1863, bajo el título *Journal of a Residence on a Georgian Plantation in 1838-1839*. La autora decidió imprimir, antes en Inglaterra y después en los Estados Unidos, el trabajo escrito veinte años atrás para apoyar la causa del Norte durante la Guerra de Secesión, en el momento en que el gobierno británico parecía orientado a intervenir en el conflicto apoyando a la Confederación, de la cual dependía el suministro de algodón para la industria textil inglesa. El libro salió a la luz en retraso, cuando la buena suerte empezaba para los nordistas y Abraham Lincoln ya había proclamado que, a partir del 1º de enero de 1863, todos los esclavos de La Unión habrían sido liberados.

Durante los veinte años que mediaron entre la escritura y la publicación de su *Journal* la vida de Fanny Kemble había cambiado radicalmente. En 1849 se divorció, si bien viviera ya separada de su marido desde hacía tiempo, a raíz de las incomprendiones y de las muchas traiciones por parte de su marido, debiendo renunciar a sus dos hijas, ya que el tribunal americano asignó la custodia de ambas al padre. Se ganaba la vida gracias a las lecturas de textos de Shakespeare, seguidísimas, y a sus libros. En estas circunstancias, tuvo que dividir su vida entre Londres y los Estados Unidos, en donde mantenía su amistad con los Sedgwick.

El *Journal* de Fanny Kemble es uno de los textos más bellos sobre la esclavitud. Por primera vez, una mujer –que afirmaba de sí misma que «siendo inglesa, había observado la realidad con un único prejuicio: la antiesclavitud»- se encontró en la situación de vivir en contacto directo con centenares de esclavos negros, situación que ni le era familiar, ni se lo esperaba. Y que, sin embargo, le ofreció la oportunidad de describir desde dentro sus condiciones de vida, realizando con ello un relato compacto, homogéneo y documentado, mucho más complejo y articulado que el de las esporádicas observaciones halladas en los textos de las viajeras citadas hasta este momento. La autora comunica al lector no solamente el sentido del drama de la esclavitud, sino también el del tormento interior de una mujer que, siendo testigo involuntario de tal drama, siente el deber de asumirse la responsabilidad personal de hacer algo contra el mal que ello representa. El profundo valor ético y la genuina humanidad gracias a la cual sabe acercarse a los esclavos sin filtros ni prejuicios, con un arranque de simpatía y comprensión, infunden al *Journal* un *pathos* libre de toda retórica.

Con todo, la personalidad de la autora, que se manifiesta claramente en las palabras del “yo” narrante, no es la de una una mujer intelectual o la de una mujer afligida, de temperamento sentimental y propensa a la tristeza –y, por tanto, más sensible hacia la opresión-, sino la de una joven madre activa, graciosa, aguda y llena de vida que, por ejemplo, aguanta con intrepidez y sentido del humor el fatigoso viaje desde Filadelfia a Georgia, que la conduce a recorrer caminos destrozados, a viajar en vagones de ferrocarril y en diligencias lentas, malolientes y atestados de gente, y a embarcarse en vapores hasta el tope, en medio de gente ruda, maleducada e ignorante.

En este citado viaje, mientras da consejos de higiene y puericultura a las mujeres ignorantes sobre el tema, Fanny Kemble se siente inglesa y muy unida a su país, sobre todo respecto a su formación religiosa y a su postura antiesclavista. Cabe decir que en Inglaterra, en donde las posturas políticas antiesclavistas de finales del siglo XVIII se habían ido reforzando tras la independencia de las trece colonias, en la década 1823-1833 la batalla abolicionista había involucrado a gran parte de la opinión pública. En el mismo período de tiempo, una situación análoga estaba progresando en los Estados Unidos, en donde las fuertes posturas antiesclavistas se difundieron en algunos movimientos religiosos, como los de los cuáqueros y los metodistas, y entre los intelectuales, como los citados Sedgwick y sus amigos seguidores del movimiento filosófico del trascendentalismo. Fanny Kemble tenía modelos de referencia ingleses, tal como se deduce de las explícitas alusiones que hace a las memorias de Monk Lewis y al relato de viaje de Harriet Martineau; empero, su modo de ver y de representar el mundo de la esclavitud es totalmente personal.<sup>9</sup>

Ya desde los primeros días de su permanencia, Fanny quiere «descubrir y explorar» los lugares en los que tendrá que vivir. En Butler Island el mejor medio de transporte es el *Dolphin*, una canoa que no tardará en aprender a llevar, remando personalmente gracias a las enseñanzas de Jack, un muchacho negro que el marido le ha asignado como servidor personal. Pasados más de cuatro meses de «vida veneciana», como ella la define, porque es posible desplazarse solamente en barco, y una vez que se estableció en Hampton Point, Fanny vuelve a cabalgar y a ir por todo lo largo y ancho de los campos.

Mientras recorre las propiedades del marido por charcas y canales la joven no deja de observar la exhuberante naturaleza local, con sus espléndidas magnolias, sus pájaros marinos y sus temidas serpientes. Pero su interés principal son los esclavos. Día tras día descubre sus condiciones de vida y de trabajo, visitando la enfermería y el hospital, entrando en sus cabañas, escuchando sus quejas y sus necesidades y acogiéndoles en su casa. Desde el principio les aclara que no quiere que le llamen *Missis*, ya que ella no es su dueña, sino solamente la esposa de Pierce Mease Butler.

Conforme avanzan sus descubrimientos, va acumulando información. Los esclavos de su marido, aun hallándose entre los mejor tratados de la región, son analfabetos e, intencionadamente, abandonados a su ignorancia; salen por la mañana temprano a las labores, llevándose el alimento que consumirán en la primera de las dos escasas comidas diarias; las mujeres dejan a sus hijos pequeños en una especie de guardería en donde, sucios y mal vestidos, quedarán bajo la vigilancia de alguna que otra mujer; tanto el alimento como el indumentario, formado por trozos insuficientes de género que pronto se desgasta, son distribuidos por el amo. La organización del trabajo es estrictamente jerárquica: después del amo está el capataz, el vigilante y administrador de la plantación. Bajo éste, los líderes o cabecillas, elegidos entre los esclavos que cuentan con el mayor prestigio, controlan los grupos de trabajo, llamados también bandas. Los capataces pueden conminar no más de doce latigazos a quien haya cometido alguna falta. En casos

---

<sup>9</sup> M. G. Lewis, conocido como Monk Lewis, tomado del título de una novela suya, escribió *Journal of a West Indian Proprietor* (1834); H. Martineau, tras visitar los Estados Unidos, publicó *Society in America* (1837).

excepcionales, los latigazos pueden llegar a ser tres docenas y alcanzar un máximo de 50. Cuando el amo no está, que es lo que suele ocurrir porque por lo general vive en alguna ciudad, todo arbitrio es posible, cuanto más que el tribunal no considera válido el testimonio de un negro, en caso de que éste recurriese a él.

Los esclavos padecen enfermedades endémicas de la piel y, casi todos, reumatismos. También están muy propagadas las enfermedades pulmonares, causa frecuente de muerte. El hospital y la enfermería son ruinosos, sin luz y sucios. El médico -que en este caso específico es un buen doctor- pasa a reconocer a los hospitalizados una vez por semana o cuando el amo lo solicita.

A los esclavos se les permite ir a la iglesia baptista de la ciudad más cercana un sábado al mes, pero deben asistir a las funciones religiosas rigurosamente separados de los blancos. Los domingos, en el pórtico de la misma iglesia pueden vender los pocos productos de la tierra que han podido cultivar por propia cuenta. Los demás sábados, días de fiesta, se reúnen para rezar juntos en su asentamiento. Con el desarrollo del movimiento abolicionista, subraya la autora, los amos fueron inducidos a tratar mejor a los esclavos y a concederles por lo menos educación religiosa.

Sorprendida por lo que ve, la recién llegada decide hacer todo lo posible para mejorar las condiciones de aquella pobre gente. Se encarga de arreglar y acomodar el hospital y la enfermería y también la higiene de cada persona, dando propinas a las madres para que mantengan limpios a sus propios hijos. Reúne a algunas mujeres en su propia casa y les enseña a coser, evitándoles de este modo las agotadoras labores de los campos; también distribuye alimento e indumentario a las mendigas que todos los días llaman a su puerta. Fanny Kemble vive intensamente la ambivalencia de su papel de esposa de un dueño de esclavos por un lado y, por otro, el de intermediaria solícita y atenta en pedirle que intervenga para aliviar las condiciones de éstos. Es tan partícipe de su dolor, que intercede ante el marido muy a menudo y con demasiada insistencia como para que su armonía conyugal quede intacta. Si bien en algunos casos Butler demuestra mucha generosidad, a un cierto punto le dirá que no interceda más ante él en favor de los esclavos, porque ya no tiene la intención de seguir complaciéndole. La crisis del matrimonio empieza, probablemente, por el tormento interior entre la convicción ética de Fanny y la imposibilidad de compartirla con su marido, el cual, al contrario, no tiene problemas en aceptar la situación y en obtener las ventajas que ofrece.

En todo caso, gracias al temple moral y a la humanidad de la autora, los esclavos ya no aparecen como una gran masa oscura y sufrida, sino como personas. Entre ellos, despuntan London, el viejo que reúne todas las semanas a sus compañeros para leerles la Biblia, habiendo aprendido a leer a escondidas, y los dos mañosos artesanos, Aleck, el carpintero que construye barcos y Ned, el ingeniero que supervisa el funcionamiento del molino para el arroz.

Junto a ellos sale a la luz una auténtica multitud de mujeres. Entre éstas, la pobre Harriet, quien, por seguir los consejos de su nueva dueña y haberse quedado en casa para acudir a sus hijos, fue azotada por el vigilante; también está Chloe, que es madre de diez hijos porque -observa la autora- existen por lo menos tres razones por las cuales las esclavas tienen muchos hijos: la posibilidad de ausentarse de las labores durante algún tiempo, la ventaja de disfrutar de alguna

ración más de alimento y de indumentario y la esperanza de ganarse las simpatías del amo por haberle procurado nuevos brazos para trabajar. Y también Sinda, la profetisa milenarista que, habiendo provocado una especie de huelga entre los esclavos aterrorizados ante el final del mundo anunciado por ella, fue azotada brutalmente cuando estuvo claro que su previsión nunca se habría cumplido.

La historia de Psyche involucra directamente a su joven dueña. La esclava, madre de familia y unida a un hombre bueno e inteligente, está triste porque es consciente de ser propiedad del vigilante dimisionario y, por ello, teme tener que seguirle hasta Alabama, abandonando a sus seres queridos. Fanny no se da cuenta de la situación hasta que se le acerca el marido de Psyche amenazando con suicidarse si su mujer y sus hijos se vieran obligados a irse. Esta es la primera vez que Fanny intercede ante su marido. Cuando el vigilante, a quien se dirige para tener noticias de sus protegidos, le comunica que han sido vendidos, se siente desfallecer, convencida de que el marido ni siquiera había considerado sus súplicas. Y, sin embargo, fue él mismo el que la informó de que había comprado a la pobre Psyche para no separarla de su familia. Fanny también obtendrá justicia para con Teresa, azotada porque, tras haber manifestado su malestar y su debilidad física ante la dueña, se sintió autorizada a ausentarse de las labores por un día.

Cuando a finales de febrero llega a la plantación de algodón de Hampton Point, Fanny nota que en ésta, aunque su vigilante es cruel y desalmado, los esclavos viven mejor. Por ello no se detiene en describir su situación, sino a recopilar las vicisitudes de sus pobres vidas. En la segunda parte de su *Journal* hay dos capítulos enteros dedicados a las condiciones de las esclavas (XIX: *Women in slavery* y XX: *Sally, Auber, and Judy*). Entre éstas se encuentra Louisa, la fugitiva, la cual, tras escaparse del ingenio y de haber vagado día y noche por los bosques, tuvo que volver atrás vencida por el hambre, llegando a donde sus perseguidores tan maltrecha que hubo de ser trasladada inmediatamente al hospital, evitando de este modo, por pura distracción de sus torturadores, un castigo corporal.

Alentada por las confesiones personales, Fanny Kemble se ocupa, muy valientemente dados los prejuicios de la época, de algunos argumentos candentes relacionados con las esclavas y que vuelven su condición peor que la de los hombres: la maternidad, los abortos, los embarazos y la altísima mortalidad infantil. Junto a esos casos, cuyas protagonistas están enumeradas por nombre, como queriendo reforzar la veracidad de los hechos con datos estadísticos, la autora habla también de los hijos nacidos de padres blancos, niños que, a menudo -como observa sarcásticamente la autora- se parecen muchísimo a los vigilantes.

Mas, si las violencias son la causa de estos nacimientos, la consecuencia también es la degradación moral de las víctimas. Una esclava, por ejemplo, pretende que la dueña le ayude, puesto que en las venas de su hijo corre sangre de un blanco, convencida de que el color claro de la piel es por sí mismo un valor. Bien diferente es la triste historia de Judy, la cual, violada por el jefe de los vigilantes, y azotada porque se le ha resistido, como castigo ha sido exiliada a algún lugar insalubre en donde, sola y desamparada, parirá a su primer hijo.

La participación emocional en los sufrimientos ajenos, las discusiones con el marido y, sobre todo, la ansiedad causada por la impotencia y la inanidad de sus esfuerzos por mejorar la vida de los esclavos son la causa del descontento que la

autora –que a estas alturas quiere volver a Filadelfia- expresa en las últimas páginas de su *Journal*. De ahí a unos años, ya siendo divorciada, su marido, arruinado por la crisis de 1857, vendió su propiedad, y subastó a 400 esclavos para pagar sus deudas. Este último acto, causa de separación de enteras familias y de dispersión de tantos seres humanos que hasta ese momento habían vivido en una única comunidad, pareció sellar en el peor de los modos el final de la experiencia georgiana de Fanny Kemble.

### **Fredrika Bremer en los Estados Unidos y en Cuba (1849-1851)**

*The Homes of the New World. Impressions of America* (1853), el monumental relato de viaje de la escritora sueca Fredrika Bremer, reviste especial interés en el contexto de nuestra reflexión, ya que, entre 1849 y 1853, la autora fue testigo presencial del fenómeno de la esclavitud tanto en los Estados Unidos como en Cuba.

Antes que ella, se interesaron por la esclavitud en los Estados Unidos las más conocidas viajeras inglesas Frances Trollope (1780-1863) y la ya citada Harriet Martineau (1802-1876), amiga de Maria Graham y conocida poco estimada de Fanny Kemble que, en su *Journal*, evidenció en más de una ocasión las inexactitudes presentes en *Society in America* (1837). Fredrika Bremer, durante las horas ociosas de la travesía del Atlántico, tuvo ocasión de leer otro trabajo de la misma autora, *Life in the East*, pero no compartió todos los puntos de vista. La viajera más famosa que precedió a Fredrika Bremer en Cuba fue la condesa de Merlin (1789-1852). Nacida en Cuba, salió de la isla jovencísima para afincarse en Europa y a ella volvió para una nostálgica permanencia, de la que realizó un relato titulado *La Havane* (1844), en el que se manifestó a favor de la esclavitud, suscitando no poca desaprobación en Europa. A diferencia de las mujeres que la precedieron, Fredrika Bremer pudo establecer con conocimiento de causa y por experiencia directa un cotejo entre lo que ocurría en el mundo anglosajón y en el de lengua española.

Los dos volúmenes de *The Homes of the New World* que recogen, bajo forma de cartas a su hermana Agatha, las dos experiencias americanas de Fredrika Bremer, habrían circulado solamente en un reducido ámbito de lectores si se hubieran dejado en su idioma original, el sueco. Tuvieron, al contrario y al igual que todas las obras de la escritora, una inmediata difusión en el mundo anglosajón gracias a la escritora para niños Mary Howitt (1799-1888) que, convencida pacifista y conocida abolicionista, tradujo al inglés todas las obras de Fredrika Bremer, tras haber permanecido un año en la casa de ésta estudiando y aprendiendo sueco.

Fredrika Bremer se embarcó rumbo a América el 21 de septiembre de 1849, sólo un año después de que estallaran las revueltas políticas y sociales que removieron la vieja Europa. Hasta marzo de 1850 la escritora sueca vivió entre Nueva York y Boston, como invitada y amiga de importantes intelectuales del país, entre los cuales se encontraban el representante principal del trascendentalismo, Ralph Waldo Emerson, que la invitó a su casa de Concord, la escritora Catherine Sedgwick y su hermana Elizabeth (la amiga de Fanny Kemble) y muchos más, de los cuales podemos enumerar solamente los nombres más conocidos: Nathaniel Hawthorne, Whashington Irving, James Russell Lowell, Henry Wadsworth Longfellow. A estos nombres se unen otros de poetas, médicos, políticos, pedagogistas, pacifistas,

científicos y estudiosos de todas las categorías, así como también los de las muchas mujeres comprometidas en las mismas o en otras actividades. Entre éstas, Fanny Kemble, a quien Fredrika Bremer, admiradora de sus recitales, conoció personalmente y de la cual narró las vicisitudes familiares y Harriet Beecher Stowe (1811-1896), la futura autora de una de las novelas más populares sobre los horrores de la esclavitud, *Uncle's Tom Cabin* (1852). En más de una ocasión, mientras se encontraba en Nueva York, la escritora sueca asistió a los sermones de su hermano, el famoso predicador Henry Ward Beecher (1811-1887). Por Emerson, Fredrika Bremer supo de Margaret Fuller (1810-1850), una de las más afamadas representantes del trascendentalismo, que en aquel entonces se encontraba en Italia. Sin haberle conocido personalmente, Fredrika Bremer describió su muerte prematura e inesperada. Mientras volvía al país junto al marido, el conde Ossoli, un patriota italiano que había combatido por la República Romana, Margaret Fuller perdió la vida junto a sus familiares durante un naufragio, cuando se encontraba ya cerca de la costa americana.

En Boston, Fredrika Bremer había participado en un reunión antiesclavista, en el que, entre otros, tomó la palabra un esclavo, John Brown, que había logrado huir del sur junto a su esposa y a su hijo. Las descripciones del cruel tratamiento que se les reservaba a los negros de las plantaciones dejó, tanto en esta como en otras ocasiones, perpleja y recelosa a la autora, la cual decidió comprobarlo en persona, viajando por primera vez, desde el 22 de marzo al 15 de junio de 1850, a los estados esclavistas de Carolina y Georgia. En su conjunto, sus observaciones no añaden novedades a lo que ya había sido dicho sobre el argumento hasta ese momento, aunque insisten en el hecho de que, por ejemplo, a los esclavos se les niega la educación escolar y la posibilidad de profesar la religión o que en caso de ser vendidos, son separados de su familia y que son vejados por los castigos corporales o encerrados en durísimas cárceles públicas. Claro está que el problema no se puede resolver simplemente tratando mejor a los esclavos. Es el «sistema» de la esclavitud lo que es intolerable y lo que degrada moralmente también a los propietarios, aunque entre éstos haya tres diferentes categorías: los «adoradores de *Mammon*», especuladores faltos de escrúpulos; los «patriarcas», tradicionalistas que quieren preservar lo que han heredado, incluidos los esclavos y los «héroes o progresistas», que liberan a sus esclavos.

En la misma Georgia, a cargo de la comunidad, cada año sale un buque hacia Liberia en el que viajan los esclavos que quieren formar parte de las comunidades libres de origen estadounidense que existen en esta región africana. En 1847 los representantes de estas comunidades habían firmado una Declaración de Independencia y proclamado la República. La fundación del nuevo estado sirvió de pretexto a los esclavistas para apremiar el viaje de los negros libres hacia aquellos lares. Entre los abolicionistas esta hipótesis no gozaba de gran simpatía, ya que se consideraba que los esclavos tenían que ser por derecho de arraigo ciudadanos de los Estados Unidos. Pero algunos de los esclavos, sobre todo entre los fugitivos, llevados por el sueño de rehacerse una vida diferente en la patria de origen, prefirieron ir a Liberia, al igual que George Harris, protagonista de la novela *Uncle's Tom Cabin*, el cual, habiendo huido de Kentucky, se estableció en un primer momento en los estados libres de Ohio y de Canadá.

Una vez finalizada su visita por el sur, Fredrika Bremer estuvo en Filadelfia, la ciudad de los cuáqueros, antiesclavistas por excelencia. Aquí se relacionó con la

famosa oradora Lucretia Mott, una de las primeras mujeres de color en dedicarse totalmente a la defensa de la paz, de los derechos de la mujer y a la lucha por la abolición de la esclavitud. Más tarde fue a Washington en donde asistió en varias ocasiones a las sesiones del Congreso. El debate era importante, porque se trataba de decidir si el territorio de Tejas, que antes pertenecía a Méjico, en donde no existía esclavitud, y California, que pedía la anexión a la Unión, pasarían a ser estados libres o estados esclavistas.

Los debates parlamentarios, así como las discusiones en pro y en contra de las dos alternativas mencionadas - es decir que en los estados que iban a incorporarse a la nueva nación Americana debía permanecer la esclavitud o que, al contrario, debía abolirse - entre la gente común, los intelectuales y los políticos, fueron muy acalorados, pero al final prevaleció la tesis a favor de la esclavitud. Igual de intenso fue el debate parlamentario sobre las medidas a tomar respecto a los esclavos fugitivos; también en este caso fueron las posturas filo-esclavistas las que predominaron y los estados libres del norte se comprometieron en perseguir a los esclavos y en devolverlos a sus dueños, por temor de que los estados del sur pusieran en acto la secesión que amenazaban. La famosa ley del esclavo fugitivo causó gran indignación entre los que luchaban por la libertad de los esclavos. Hubo quien se opuso concreta y valientemente a esta ley, como los cuáqueros, que acogieron, escondieron, protegieron y ayudaron a los fugitivos.

Habiendo llegado a los Estados Unidos en un período crucial para la cuestión de la esclavitud, Fredrika Bremer tuvo la oportunidad de conocer a los intelectuales más representativos que lucharon contra ésta, pudiendo de este modo aunar, junto a sus propias observaciones, un calificado patrimonio de informaciones y conocimientos que, reforzándolas, les daba una consistencia y una credibilidad difíciles de encontrar en obras de la época. Partidaria de una especie de socialismo cristiano, la escritora sueca era, antes de emprender el viaje, contraria a la esclavitud en línea de principio, si bien algo recelosa por el clamor que suscitaba el argumento. Sus convicciones primarias, así, se alimentaron del ferviente debate político-cultural que en aquel momento estaba teniendo lugar en los mismos Estados Unidos y que involucraba directamente a las mujeres, incluidas las de color. Además, la red de relaciones y de contactos de la que fue protagonista y que hemos comentado brevemente, el debate sobre la esclavitud había pasado de la fase pionera, durante la cual las viajeras como Maria Graham y Flora Tristán se habían servido de los aspectos emocionales del problema para informar al público europeo, a una segunda fase en la que el abolicionismo había tomado forma de política militante y se había unido indisolublemente a la causa de las mujeres en las dos orillas del océano. Los mismos vínculos intelectuales y a veces personales entre las viajeras que, a lo largo del tiempo, se iban actualizando leyendo unas los textos de las otras, testimonian la importancia que revestía para ellas que las ideas circularan y que las convicciones se acomunaran.

Fredrika Bremer, tras una visita a los Grandes Lagos durante la cual utilizó como guía el libro de Margaret Fuller, *Summer on the Lakes in 1843*, descendió el Misisipi en barco hasta Nueva Orleans. Más tarde, después de la permanencia en Cuba, volvió a Filadelfia cruzando Florida, Georgia, las dos Carolinas, Tennessee y Virginia, todos estados esclavistas. Como conclusión de su segundo contacto con el profundo Sur, que duró de primeros de mayo a mediados de julio de 1851, la escritora sueca se dirigió a las mujeres americanas para que abrazaran en primera



persona la causa abolicionista, y, tras haber escuchado las tristes vicisitudes de una familia de esclavos fugitivos, esperó que fuera una de ellas la que se encargara de dar a conocer las historias de los fugitivos. Este y otros puntos de su relato de viaje inducen a pensar que quizá hubo un intercambio de ideas sobre el argumento entre la viajera sueca y Harriet Beecher Stowe. Al final de su trabajo, Fredrika Bremer publicó un breve apéndice (1853), con algún que otro matiz educadamente polémico, en el que manifestaba haber renunciado a escribir un libro sobre el argumento porque, tras la publicación de *Uncle Tom's Cabin*, este trabajo habría sido solamente «un deber desagradable e innecesario». Palabras que dejan entender una larvada acusación de plagio de la ya famosa escritora americana.

Como ya hemos adelantado, una vez en Nueva Orleans, Fredrika Bremer decidió pasar algún tiempo en los trópicos y se embarcó en el buque de vapor *The Philadelphia* hacia La Habana, a donde arribó tres días después, el 5 de febrero de 1851 y de donde zarpó hacia los EE.UU. el 8 de mayo. Visitó la capital y también Matanzas y Cárdenas y fue invitada por propietarios de ingenios de azúcar o de café situados en los alrededores de estas ciudades. De este modo, pudo observar desde cerca las condiciones de vida y de trabajo de los esclavos, llegando a la conclusión de que para ellos Cuba era a la vez infierno y paraíso. Infierno, porque su vida era durísima, especialmente en los ingenios azucareros, como el de Santa Amelia, en donde sólo en la llamada «estación muerta», podían descansar por la noche:

«Se les explota aquí también mucho más duramente en el trabajo, porque de venticuatro horas tienen sólo cuatro y media de descanso, es decir, para comer y dormir ¡y esto durante seis o siete meses al año! » (Bremer, 1858: II, 332)

Además, a Cuba llegaban directamente de África cargos ilegales de esclavos, ya que las autoridades españolas, fácilmente sobornables, hacían la vista gorda. A veces, los negros deportados recuerdan con nostalgia su tierra de origen, como Cecilia, una joven esclava que había sido capturada en las costas africanas siendo niña y que alberga el sueño irrealizable de retornar a su país para volver a abrazar a su madre, de la cual conserva una clara memoria. Los esclavos recién desembarcados son más salvajes y orgullosos que los de Estados Unidos, y más propensos al suicidio o a la rebelión, como lo había demostrado la famosa «revuelta de la escalera», recién ocurrida (1846).

A pesar de ello, las leyes españolas son más liberales que las de la democrática república de los Estados Unidos. En Cuba los esclavos pueden comprar su libertad por 500 dólares, precio fijado por ley e incluso existen jueces, los síndicos, a los cuales pueden apelarse en caso de ultraje de sus derechos. En la isla, una madre puede comprar la libertad de su hijo antes de que éste nazca por 15 dólares, cantidad que se vuelve el doble después del nacimiento. En relación a lo que ocurre en los estados esclavistas norteamericanos, aquí los negros libres tienen mayores posibilidades de ingresos, por lo menos en las ciudades, ya que pueden dedicarse al comercio o a la agricultura, actividades con las cuales muchos de ellos se enriquecen. Por todo ello, pues, y a pesar del despotismo y la corrupción del gobierno español, la «reina de las Antillas» puede ser un paraíso para los negros.

El razonamiento de la escritora sueca es parecido al del plantador peruano con el que habló Flora Tristán. La idea de que la esclavitud en los países sudamericanos

independientes y en las colonias como Cuba fuera más clemente que la norteamericana, originó un supuesto y anuente desinterés para con el problema por parte de los europeos que se dirigían a los estados sudamericanos. La misma Fredrika Bremer, fascinada por la belleza de Cuba, al detallar la esclavitud, se mostró más indulgente hacia el gobierno español que hacia el de los Estados Unidos. Cabe decir que la escritora, cuando se refería a los Estados Unidos, ligaba manifiestamente el problema de la abolición de la esclavitud con el de los derechos de la mujer, exhortando a éstas para que también lucharan en primera persona por los derechos de los esclavos. Tales convicciones derivaban de su bagaje cultural y religioso, así como de los encuentros con las personalidades norteamericanas que ya tenían asentadas las bases de una concreta batalla contra la esclavitud. Fredrika Bremer representaba la conclusión de un largo proceso que, partiendo de la condena de la esclavitud, había animado a nuestras viajeras a reivindicar sus derechos de mujeres.

Si a principios del siglo XIX Maria Graham se oponía a la trata y a las condiciones de vida de los esclavos (a pesar de las pocas ocasiones de observarlas), sólo llevada por un profundo sentido moral, Flora Tristán extrajo de la visión de los horrores de la esclavitud no sólo los elementos humanos, sino -una vez ya en su país- también los políticos, reconociendo en la imposibilidad de anular su mismo matrimonio impuesto por su madre y en la opresión a la que estaban sometidos las mujeres y los obreros, algo similar a una esclavitud forzada. Para Fanny Kemble, la repulsión por la esclavitud se unió íntimamente al amor por su propia libertad personal y por su dignidad, a pesar de que al anular su matrimonio, tuvo que adaptarse a la soledad, renunciar a sus hijas y trabajar para mantenerse. Finalmente, a mediados del mismo siglo, Fredrika Bremer, una mujer libre e independiente, emprendió su viaje con la firme intención de documentarse sobre la esclavitud. Aun cuando destacara las diferencias entre esclavitud en los países hispanoamericanos y esclavitud en los Estados Unidos, gracias a su espíritu de observación y a su afán de conocimiento, la viajera sueca logró representar eficazmente los males de esta práctica en su conjunto.

## **Bibliografía**

APPLEGATE, Debby. *The most famous man in America. The biography of Henry Ward Beecher*, New York: Doubleday, 2006.

BEECHER STOWE, Harriet. *La capanna dello zio Tom*, Milano: Rizzoli, 2001 [1852].

BIRKETT, Dea. *Off the Beaten Track. Three Centuries of Women Travellers*, London: National Portrait Gallery, 2004.

BORRI, Claudia. "Per una storia del viaggio al femminile. La contessa di Merlin a Cuba", *Confini*, 7, 1999, págs. 30-36.

BORRI, Claudia. *Lo specchio della lontananza. Tre viaggi di donne in Sudamerica (XIX secolo)*, Torino: il Segnalibro, 2002.

BORRI, Claudia. "Los viajes de María Graham, Flora Tristán y Florence Dixie a Sudamérica: metodología e interpretación", in REBOLLEDO, Loreto y TOMIC,

Patricia (coordinadoras). *Espacios de género. Imaginarios, identidades e historias*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2006, págs. 41-58.

BRAWLEY, Benjamin. *A Social History of the American Negro*, Mineola, New York: Dover Publications, 2001 [1921].

BREMER, Fredrika. *The Homes of the New World: Impressions of America*, 2 vols., New York: Harper & Brothers Publishers, 1858.

BREMER, Fredrika. *Cartas desde Cuba*, La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1980.  
CONTI ODORISIO, Ginevra. *Harriet Martineau e Tocqueville. Due diverse letture della democrazia americana*, Soveria Mannelli: Rubbettino, 2003.

ELLIOTT, H. John. *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830*, New Heaven and London: Yale University Press, 2006.

FONER, Laura and GENOVESE, Eugene D. (ed.). *Slavery in the New World. A reader in comparative history*, Englewood Cliffs (N.J.): Prentice-Hall, 1969.

FULLER, Margaret. *Summer on the Lakes in 1843*, Boston-New York: Nieuwkoop \*B. De Graaf, 1972 [1844], edición facsimilar.

GINZBURG MIGLIORINO, Ellen. *Donne contro la schiavitù. Le abolizioniste americane prima della guerra civile*, Manduria-Bari-Roma: Piero Lacaita, 2002.

GRAHAM, Maria. *Journal of a Voyage to Brazil and Residence there, during part of the years 1821, 1822, 1823*, London: Longman, Hurst, Rees, Orme, Brown, and Green, and John Murray, 1824.

KEMBLE, Frances Anne. *Journal of a Residence on a Georgian Plantation in 1838-1839*, Athens: The University of Georgia Press, 1984 [1863].

KLEIN, S. Herbert. *La esclavitud Africana en América Latina y el Caribe*, Madrid: Alianza, 1986.

MIDGLEY, Clare. *Women against slavery. The British Campaigns 1780-1870*, London: Routledge, 1992.

PFEIFFER, Ida. *Voyage d'une femme autour du monde*, Paris: Hachette, 1859.

TRISTAN, Flora. *Pérégrinations d'une Paria (1833-1834)*, 2 vols., Paris: Arthus Bertrand, 1838.

WOOD, Marcus. *Blind memory. Visual representations of slavery in England and America, 1780-1865*, Manchester: Manchester University Press, 2000.